El otro

Juan Gomez

Image not found.

Capítulo 1

Yace inmóvil en el colchón, los ojos bien abiertos, sin acabar de entender. Mira el cortinado, adivina la ventana tras él, la lámpara del techo, el cuarto todavía en penumbras. El silencio y la quietud de la noche le hacen ver los objetos como realmente son, como si durante el día las cosas se retiraran detrás de ellas mismas.

Todavía duro y extendido como un muerto, le adviene el primer pensamiento del día. Ve al otro, que es él mismo, ducharse, lo ve desayunar, dar los buenos días en la aseguradora, hacer el primer comentario de la mañana. Lo piensa comprando veneno para las hormigas, buscando aquella diferencia en la cuenta de Agostini, más tarde llevando a su madre al médico, para entonces el mecánico ya le habrá entregado el auto, qué irresponsable se ha vuelto la gente.

Ahora se observa a sí mismo, yaciendo ahí, en el colchón. ¿Así será estar muerto? Tiene la certeza de que no habrá en todo el día otro momento de auténtica lucidez y sinceridad como éste.

Siente que el otro le pesa. Se compadece de sus idas y venidas. Pero no es más que compasión, no lo ama. El otro no es más que un cuerpo, un rostro que ofrecer a los demás, unas coordenadas de referencia, un desconocido, un verdadero Otro. Hacía mucho tiempo que ese cuerpo y ese rostro habían dejado de pertenecerle.

¿Y los demás? ¿Cómo despertarán los demás, Ernesto?

Porque uno puede amanecer con un rencor, incluso con el deseo de matar; eso se puede entender fácilmente. O con la amargura de un despecho, quizás también con la esperanza que viene a traer un amor secreto. Son, todos ellos, sentimientos asibles, tienen una forma definida, un nombre propio. Se pueden contar a los demás. Pero esto ¿cómo contarlo, Ernesto? ¿Y de qué sirve pensarlo?, ¿no es estúpido? ¿A qué edad se empieza a despertar así, un día, y otro, y otro más? Si uno pudiera sacudirse las preguntas como el polvo de los zapatos.

Por fin, cree abrir los ojos realmente. Después vendrá lo de siempre, lo vulgar: un cuerpo se levantará de la cama para que algo vuelva a empezar y, por algunas horas, unas sábanas se quedarán con las huellas de un hombre.